

-

Luis Meana

### **Golo Mann**

Con cada vástago que muere, es como si muriera el último trozo restante de una grandiosa monarquía: la de la gran cultura burguesa, sustituida ahora por la cultura hamburguesa. Quizá en el parecido de los términos haya más que mero capricho semántico. Con la muerte de Golo Mann, apócope cariñoso, no de Gottfried, como ahora dicen muchos, sino de Angelus, es como si nos hubiera llegado a la puerta, traída por las olas del océano telegénico, el último mensaje-botella de un naufrago que fuera el último Robinson Crusoe del hundimiento de un gran Titanic : aquella civilización burguesa. En la casa del niño Golo se tomaba el té con Charlot, el amigo de estudios era Raymond Aron, venía Rubinstein a tocar el piano, y se merendaba con Adorno o Horkheimer. En ese sentido, la muerte de este último vástago de esa alcurnia -Golo- viene a ser como si alguien nos hubiese arrebatado violentamente el último incunable existente de aquella época, en el que estaba pintada y escrita la historia pública y secreta de los últimos años de la sabiduría en el mundo. Que, naturalmente, no era idílica, como nunca lo es la sabiduría, sino que estaba estigmatizada por todo tipo de catástrofes. Golo contaba de sí mismo que es muy difícil para un árbol pequeño criarse a la sombra de un árbol gigante : el de su padre, Thomas Mann. Quizá eso explique que Golo, como árbol, se pareciese más a la encina que al chopo (su hermana Erika) o al sauce (su pobre hermano Klaus). Y quizá a esa opción le deba su vida y su supervivencia. Recordaba, hasta físicamente, a la encina : estatura más bien pequeña, contextura extraordinariamente trabada,

-

raíces fuertemente agarradas al suelo, no destacaba ni por el colorido ni por la floritura de su follaje, pero sí por un patente poder de resistencia, que le permitiría sobrevivir durante decenios y decenios en las peores condiciones. Sobre eso, construyó una vida de propio saber -la Historia- y llegó a ser, él mismo, un árbol con su propia hermosura : no tan grande como la del padre, ni tampoco de igual perennidad o fama, pero de una grandeza propia que le hacían, comparado con los árboles que la botánica social nos ha ofrecido posteriormente, un gigante, capaz de llenar, él solo, el mejor parque. Descanse en paz, el pequeño Golo, y, siguiendo el sensato consejo evangélico, lloremos más por nuestro destino que por este ilustre último mohicano de aquella alcurnia desaparecida.